

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

En la vida literaria, unas figuras se esfuman entre las nieblas del pasado lentamente, y otras persisten como si las estuviésemos viendo, sin que en esta operación de nuestra mente influya para nada nuestra voluntad... Todavía voy a añadir: ni tampoco, en grado sumo, el talento del escritor recordado u olvidado.

Si un escritor ha grabado honda huella, por circunstancias a veces ajenas a la cuantía de su mérito, en sus contemporáneos, éstos no le olvidan tan fácilmente. Es decir que no siempre son los olvidados los que merecen serlo, ni guarda proporción la suma de olvido con la del valer del prosista o del poeta.

Al recibir el estudio biográfico sobre Manuel Reina, publicado por Eduardo de Ory, he pensado en que el vate de Puente Genil es uno de estos olvidados ya, que merecían alguna mayor consideración de la posteridad ingrata.

Tal vez la explicación del olvido que rápidamente ha envuelto la figura de Manuel Reina, tenga explicación por la misma abundancia de nombres ilustres que fueron sus contemporáneos.

Yo no tuve lo que se dice amistad con Reina, ni ninguna de mis viejas plumas creo que figurará en la colección que formaba. Llevé con él relación cordial, eso sí.

Esto, que no parece nada, tiene su valor.

Cuando se recorre una larga carrera literaria, tratando y hallándose en comunicación con todas las personas algo notables de su tiempo, hay ocasión de apreciar la persistencia de la cordialidad, de la cortesía.

He tenido yo amigos entusiastas, o que lo parecían (y entre ellos se contaban altas figuras de las letras), que según fué acentuándose en favor mío el interés del público y de la crítica, se colocaron en una actitud sombría, reticente, cuando no francamente hostil, como si declarasen que no querían acompañarme por el camino de lograr un poco de gloria... o como se diga eso.

Mi amabilidad, mi constante buen proceder, mis francos elogios, no bastaron para hacerme recobrar la benevolencia de aquellos que, en épocas anteriores, me la dispensaban. Y si no podía increparles, como a Dante Beatriz, exclamando:

*Quando di carne a spirito era sa' ita,
e bellezza e virtù cresciuta m'era,
fu' io a lei men cara e men gradita*

porque ni yo era Beatriz ni eran Dantes ellos, al menos debí preguntar asombrado:

«¿Pero no soy la misma a quien ensalzabais, a veces hasta provocar rubor? ¿No tengo de ello testimonios? ¿En qué he desmerecido?»

¡Bah! La explicación no tenía por qué calentar mucho la cabeza... Lo que ocurría es que la explicación era triste, poco halagüeña para la naturaleza humana. Así es que mi amistad con aquellos que no estaban en tal caso, creció, gané en quilates. Estimé más la simpatía de los Galdós, de los Cánovas y los Castelar, de los Campoamor y los Valera, de los Coloma y los Verdaguier, de tantos como fueron amigos constantes y cuya lista no es corta.

Hay compensaciones, hay gente buena por el mundo.

Como dejo dicho, con Manuel Reina no tuve intimidad. Cuanto diré de él, no estará influido por parcialidad, siquiera involuntaria. Ante todo, reconozco que en efecto este poeta tuvo el corazón

siempre a la envidia cerrado
a la bondad siempre abierto.

Tomo pues el libro del Sr. Ory, y en él me fundo. Manuel Reina, sin ser de esos amados de los Dioses que mueren jóvenes, murió en edad que todavía

permitía esperar sazonados frutos de su ingenio. Tenía, al dejar el mundo, cuarenta y ocho años, y había nacido en el de 1856.

Fué poeta, y nada más. Lo fué desde muy temprano, y a los veinte años vió la luz su primer libro, *Andantes y Alegros*. Manuel de la Revilla, que bajo su áspera corteza de crítico implacable era un espíritu muy generoso y encontraba placer en descubrir tierras hasta entonces ignoradas, dió el espaldarazo a Manuel Reina, diciendo de él que era «un adorador de la luz, en que se baña con voluptuosidad; que encuentra bello el mundo, y que, en sus rimas, para el que sabe atender a ellas, palpitan las tristezas de la vida, sentidas finisimamente, y se percibe, como un perfume, la gran melancolía de las cosas.» Tal melancolía, a pesar del humorismo, también se ha percibido en Campoamor.

La segunda colección de poesías de Reina se titulaba *Cromos y acuarelas*, y vió la luz con un prólogo, muy encomiástico, de Fernández Bremón, que encerraba como la esencia de aquella poesía en un aforismo: «Idear bellezas, es la ocupación más noble del espíritu.»

No cabe duda que en la poesía de Reina hay un prurito de ideación de hermosura, de una hermosura especial, en que irradia un concepto optimista, sano y acompasado, del vivir.

Porque todo poeta, si se mira bien, idea belleza, pero belleza peculiar suya, y cuanto más peculiar, mejor.

Así, por ejemplo (y es el primero que se me ocurre), el lírico francés Mauricio Rollinat también idea belleza; pero ¡cuán distinta de la de Reina, cuán distinta!

Es la belleza de lo horrible, a veces, y otras, la de las visiones de un cerebro enfermo y un alma en pena visitada por el diablo o, al menos, por la sensación continua de la muerte.

Baste un ejemplo, su poemita *Las mariposas*. Es uno de los menos tristes de la colección titulada *Los refugios*, y las describe saliendo radiantes y dulces de los limbos de la crisálida, bebiendo perfumes en la brisa, viajando por el aire, temblando en el cáliz de la flor, perdiendo un poco del polvillo de sus alas al roce del cardo azul, semejantes a florecillas que vuelan, y alegrando los ojos con el reflejo de la pedrería que parece sembrada sobre sus alas.

Pero ¡ay!, he aquí que de pronto la mariposa llamada *Esfinge Atropos* aparece... En su coselete se ve, claramente, la figura de una calavera... Y el poeta supone que repite la mariposa: «Tú serás cadáver, tú lo serás...»

Compárese este final pesimista con el bello final de un soneto de Manuel Reina, que no resisto al deseo de transcribir:

Llenó el vergel Apolo de armonía,
y recostado en suelo floreciente,
a la margen dormió de una fuente
que entre lirios y céspedes corría.

Sale entonces, callada, de la umbría
desenroscando el cuerpo, una serpiente,
y hunde su corvo, emponzoñado diente
en el pecho del Dios de la poesía.

Las aves que poblaban la espesura
a la queja de Apolo dolorosa
respondieron con gritos de pavor;
y en la tierra, que ungió la generosa
sangre de la traidora mordedura,
vió la primera luz el laurel rosa.

He aquí cómo la riente fantasía del poeta meridional canta el mito antiguo y le comunica el sentido moderno, delicado, lírico, sentimental.

En 1894 publicó Reina, y me envió, el tomo de *La vida inquieta*. No recuerdo si le dije o no le dije en carta particular el agrado con que lo leí; pero es lo cierto que, por aquel entonces, ya no publicaba yo en la prensa un solo renglón dedicado a escritores vivos.

Era una abstención que me había impuesto desde que, por elogiar a algunos escritores en el *Teatro Crítico*, me había hecho de esos escritores enemigos *figadales*, como dicen en Portugal.

Por eso tampoco habré hablado de *La vida inquieta* en letras de molde, a pesar de que en aquel volumen está concentrado lo mejor de la inspiración de Reina, más tal vez que en obras posteriores, como *La canción de las estrellas* y *Los poemas paganos*.

La razón sería, sin duda, que la musa de Reina era esencialmente lírica, traductora de sentimientos e impresiones propios, y al desarrollar temas objetivos, cambiaba de rumbo, sin ventaja.

En todas las ocasiones, sin embargo, Reina demostraba profundo respeto a los derechos del Arte. Siendo generalmente estos líricos del Mediodía fá-

ciles y copiosos, suelen propender a la descuidada espontaneidad.

Reina, nos lo dice su biógrafo, pulía y acicalaba cuidadosamente todas sus composiciones, y tal vez no fué por eso lo que se dice un poeta demasiado fecundo. Había en él el espíritu de un parnasiano, de un cincelador de la rima (si no había el estatuario vigor, digno de Fidias, de un Leconte de Lisle).

Estas cualidades de perfección, se demostraron también en su último volumen, *El jardín de los poetas*, obra de madurez, pensada y trabajada, en que el conocimiento del Arte se ha intensificado por el estudio.

Le llamo último volumen, pero veo que hay otro póstumo, titulado *Robles de la selva sagrada*, y el señor Ory incluye en su estudio biográfico algunas composiciones que habían quedado inéditas y que bien merecen no perderse, porque son muy bellas.

Al recorrer la serie de sus obras, se ve más clara la influencia que en Reina ejercieron los «robles de la selva sagrada», los grandes poetas de todas las edades.

Hay composiciones de este cantor de Puente Genil que recuerdan a Heine, a Lenau, a otros líricos alemanes.

Sirva de ejemplo la canción en que el poeta, después de decirle a su amada a qué usos tiernos y galantes piensa dedicar su faja de brillante seda, y cómo le va a servir para hacerla un columpio, una espléndida escala para hablar con ella a solas en su alto balconaje, una alfombra para que bailen sus pies primorosos, cintas de escarlata y azul para ornar su garganta nivea..., exclama que también hará una soga para ahorcarse, si la hermosa algún día le engaña.

Y quizás mayores reminiscencias pudieran descubrirse en el *Canto de Mayo*, que recuerda aquel famoso *lied*:

*In wälerschen Monat Mai,
als alle Knopfen sprangen...*

Son estas reminiscencias inevitables entre poetas modernos, y no es poco saber beberle el alma, en algunas estrofas, a un poeta como Enrique Heine, para mí el mayor acaso de los líricos después del otro hebreo como él, Salomón. Entre los poemas hasta ahora no publicados de Reina, hallo uno que por de Heine tomaríamos, si no supiésemos que no lo es. Dice así:

Hoy he vuelto al jardín, amada mía,
al jardín del amor,
donde bebí a raudales la ambrosía
de tus labios en flor.
Hoy, como ayer, el surtidor de plata
fulgura y canta en él,
y la opulenta rosa de escarlata
acaricia al laurel.
Como en tiempos mejores, su frescura
y sombra da el parral,
y refleja del cielo la hermosura
el lago de cristal.
Mas ¡ay! aquella estatua de alabastro
que erigió a nuestro amor;
la que el jardín llenaba como un astro
de níveo resplandor;
la que al céfiro daba sus gudejas,
la ninfa virginal,
entre cuyos dos senos las abejas
labraron su panal,
hoy yace sobre el césped aromado
rota y sin esplendor,
y en su divino seno se ha posado
y llora un ruiseñor...

Heine lo hubiese dicho en dos o tres estrofas menos: ya se sabe que los meridionales hablan siempre más que los del Norte. Pero mejor, no lo hubiera dicho.

En suma, yo alabo y estimo la obra del Sr. Eduardo de Ory, que refresca la memoria de un poeta tan simpático, en estos tiempos en que los muertos literarios van demasiado aprisa, como en la célebre *Ballada*. Deseo que no se marchiten los lauros del cantor de Puente Genil, y se rectifique el juicio, excesivamente severo, que de él formó el Padre Blanco García, en su *Literatura española en el siglo XIX*.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.